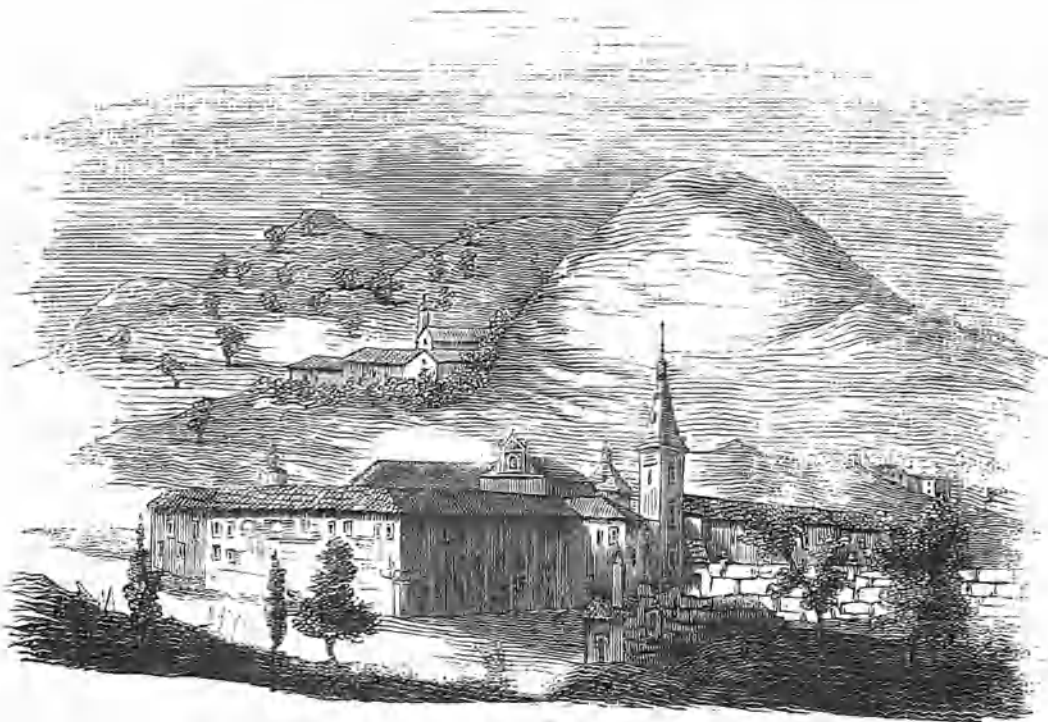


ESPAÑA PINTORESCA.



EL MONASTERIO DE SAN MILLAN DE LA COGOLLA



DISCUTEN los historiadores Salazar y Berganza sobre si San Pedro de Cardena fué el primer Monasterio que adoptó en España la regla de San Benito, ó cabe á San Millán de la Cogolla el

honor de tan remota antigüedad. Contrapesados los datos que cada cual ha exhibido en su apoyo, para dar á la opinion meramente probable un carácter de verdad que persuada al critico, retrayéndole de esas verosimilitudes, que tanto estiman ellos mismos, cuando les faltan otros testimonios en que basar sus asertos, tenemos por acertado considerar esa cuestion como estraña á nuestro objeto, y aprovecharemos la autoridad de ambos compeltadores en cuanto diga referencia al Monasterio, que segun su actual estado nos proponemos describir.

El Santo, cuya advocacion lleva, es el patriarca de los ascetas venerados en la iglesia española. Nació en la villa de Berceó el año de 473, y manifestando desde su primera edad una vehemente inclinacion hácia la vida eremítica, resolvió buscar un solitario llamado Felix,

que habitaba hacia muchos años el desierto para que le instruyese en la ciencia de los escogidos. Deseoso de imitar su acrisolada virtud, se sepultó con anuencia de su director en una cueva, oculta entre las breñas mas impenetrables de los montes *distercios*. Cuarenta años pasaron sin que el austero anacoreta dejase aquel retiro espantoso; mas, divulgada á pesar suyo la singular abstraccion en que vivía, Didimo, Obispo de Tarazona, le ordenó de presbítero, nombrándole párroco de Berceó, con cuyo motivo desamparó su montaña, hasta que fatigado de vivir entre hombres discolos y sordos á sus amonestaciones religiosas, huyó segunda vez á una caverna, que tendremos ocasion de examinar en la iglesia del Monasterio de Suso.

Este humilde edificio, basquejado en el segundo término de la viñeta precedente, fué el que preparó San Millán á sus discípulos en los últimos años del siglo VII de cuya especie toman fundamento algunos escritores para conjeturar que la fabrica de Suso corresponde, ta como actualmente permanece, al tiempo en que su primer abad y fundador residió allí. Fuera nuestra opinion

muy temeraria, si nos empeñásemos en demostrar que ningún vestigio subsiste en el punto de que hablamos anterior al siglo X, bien que reconozcamos la posibilidad de verificarse, aun tomando en cuenta las asoladoras invasiones de nuestra patria desde el año 374 hasta hoy: tenemos dificultad asimismo en admitir, que la casa ó convento primitivo haya perdido hasta la raíz de sus paredes con los embates repetidos de las sublevaciones políticas: mas aseguramos bajo la garantía de nuestras nociones arqueológicas, que si algún fragmento hay en Suso de la época que vulgarmente se le asigna, estará desfigurado con restauraciones posteriores, é inaccesible por consiguiente á los deseos del anticuario, que pretendiese deslindar los términos de la verdad, sujetándose al exámen mas prolijo y á la mas escrupulosa detención. Cuando tuvimos el gusto de entrar por la vez primera en el Monasterio de Suso, experimentamos la desagradable sorpresa del hombre prevenido por un *cicerone* mal impuesto en la certidumbre histórica del monumento que admira con el ciego fanatismo de las tradiciones populares, ignorando que el arte es el único juez á quien debemos consultar en ese género de dudas, sometiéndolas á su infalible decision. Estas razones no aumentan ni disminuyen el interés con que merece visitarse el antiguo Monasterio de San Millán; pero son no obstante necesarias para entrar en su descripción libres de antecedentes opuestos á la exactitud, que nos precisamos de observar en nuestros opúsculos y narraciones monumentales. Nos abstendremos, por lo tanto, de resolver la época en que fueron construidos el pórtico de Suso y los ocho sepulcros que existen en el revocado de llanilla, donde segun pública voz yáben los Infantes de Lara y Mudarra su ayo. Si consultamos á un célebre escritor sobre el origen que pueda tener esta noticia, encontraremos que, pretendiendo San Pedro de Arlanza. Sainz y este Monasterio poseer los restos de dichos Infantes, acordaron descubrir los sarcófagos de la parroquia de Salas, y en ellos solo vieron siete cabezas. El abad de San Millán D. Fr. Plácido de Alegria mandó tambien abrir los sepulcros existentes en Suso, á presencia de su comunidad, del alcalde de la villa inmediata, escribano y testigos, apareciendo en cada uno de los túmulos un cuerpo decapitado, menos el último que se hallaba completo, y no dudaron fuese el del ayo de los Infantes. Mezclados entre sus huesos dicen estarlo ahora los de Doña Toda, muger de D. Sancho Abarea, y los de Doña Elvira y Doña Gimena, esposa de D. Garcia el Tembloso, Reinas de Navarra. Un epitafio escrito en la pared dice así:

*Regno appellata Navarra sunt tumulato,
Tota, fide plena, necnon Elvira et Ximena:
tres hic reginae sit requies sine fine.*

La puerta mas cercana á este sepulcro conduce á una iglesia de cortas dimensiones, murada por un peñasco en el cual hay tres capillas: la de en medio contiene el lucillo del fundador, representado sobre la tapa en forma de un sacerdote venerable, y alrededor varios niños esculpidos con acierto é inteligencia. En otra capilla se ven dos sepulcros desconocidos, y una gruta bastante capaz á donde San Millán se retiraba en las cuaremas á estrechar

los rigores de su vida penitente. Muchos milagros obrados por su mediación alternan con otras pinturas referentes á nuestra Señora en lienzos del altar mayor, si bien no llaman tanto la atención como una gran cueva ó sobrado de los departamentos, que acabamos de mencionar; pues asegura la tradicion comun que el santo anacoreta luchó dentro de ella con el rebelde Satanás á brazo partido, precipitándole despues por un pozo, cuya embocadura nos indicó nuestro guia con supersticioso terror.

Ademas de las dependencias que llevamos anotadas se cuentan en Suso algunas celdillas, que ocupaban los monjes exentos por su avanzada edad, de la rigidez con que se observaba la regla en el Monasterio titulada de *Fuso*, dista del primero un cuarto de legua, bajando hácia un valle fertilísimo, entre los muchos que amezizan la Rioja. Su situacion es á la orilla del rio Cardena, cuyas aguas riegan una dilatada huerta rica de frutas y hortaliza, al pié del monte de San Lorenzo, 14 leguas S. E. de la ciudad de Burgos. Entrase al convento por una anchurosa plaza, comienza á la primera calle de San Millán, pueblo que reúne ciento cincuenta vecinos, entre los cuales se han distinguido el literato D. Salvador de Manzanares, y el Obispo de Tuy y de Leon D. Juan de San Millán. La fundación del edificio que domina majestuosamente aquella vega encantadora y precoz, se concluyó el año de 1067 bajo la religiosa munificencia del Rey D. Garcia, apellidado el de Nájera. Catorce años despues que se echaron los cimientos á la obra trasladaron su residencia los monjes, que no cabian ya en las localidades de Suso, y únicamente persistieron allí los que se creyeron necesarios para la custodia de tan ilustre monumento. Viendo la extraordinaria devoción que San Millán por todas partes inspiraba, y el admirable concurso asociado á su instituto, dieron á todas las dependencias y señaladamente al templo, las proporciones mas vastas, que permitió el territorio concedido á este fin por la regia liberalidad. No sabemos el motivo que debió intervenir á últimos del siglo XVI para edificar de nuevo la iglesia, con su cúpula ovalada y retablos modernamente trabajados segun el gusto churrigueresco, que ofrecen un aspecto poco bello y grandioso, aun cuando sea preciso declarar que no por eso son menos estimables: ni consentiremos nunca en sostener como muchos artistas *sistémáticos*, que entre las obras inventadas en el siglo XVIII por los discípulos de Churriguera, no se encuentre el menor rasgo digno del aprecio que se dispensa á los conceptos encargados al cincel en época de mas prosperidad y sano estudio. Diganos si no el inteligente que quiera ser imparcial y franco, si el decoro del trascoro bajo, y los cancelos que decoran las puertas principales de la iglesia de San Millán merecen criticarse porque llevan la nota de *churriguerescos*, ó porque efectivamente no juegue en ellos ese gusto, esa combinacion agradable de adornos, que harán eterno honor á los creadores de un estilo independiente, cual lo hubieron sido todos cuantos le precedieron, adquiriéndose el aplauso universal durante los años mas favorables á las artes. Y no es que desconozcamos el tipo de la verdadera riqueza, no: seremos, por el contrario, los primeros en decir que las treinta y cuatro pinturas colocadas alrededor de

la sacristía, trece cuadros excelentes del famoso Ricci, y considerable número de efectos mas preciosos por su valor material que por su mérito artístico, forman el tesoro que allí nutre la avidéz pesquisadora del observador y mueve su curiosidad satisfaciéndola. Uno de los púlpitos, sustentado por cariátides del orden pérsico, y en lugares respectivos los evangelistas é infinita variedad de grutescos, es, á nuestro juicio, modelo intachable de nogal labrado á principios del siglo XVII; y citaremos asimismo con elogio la valla y reja del coro, sin olvidar el tabernáculo con sus abundantes reliquias, preciosos frescos y entablamentos de negro y pulimentado jaspe, construido debajo de la torre mayor, en el encasamiento del ábside.

Magnífica es la estancia destinada para refectorio, y digno ornato suyo la cátedra, en que durante la comida practicaban los monjes la lectura espiritual. Su esbelta figura un águila, decorando la circunferencia del necto ó antepecho tres santos benedictinos en bajo-relieve. Para subir á la galería que constituye el segundo cuerpo del patio mas inmediato al refectorio, se toma la escalera mejor, de cuatro que tiene el Monasterio, siendo importante el indicar ya su extraordinaria amplitud, ya tambien los dos cuadros que cuelgan de sus paredes y representan el Crucifijo, y un retrato ecuestre de Felipe V.

Los sepulcros mas notables en el claustro del patio referido llevan blasones de D. Lope Diaz de Haro, Don Saenz Garcia de Abalos, Señor de Vizcaya, Frias y Bureba, de los Moncadas catalanes, de los Fortuñones, Condes de Haro y otros personajes esclarecidos en virtud y gerarquía.

Mucho nos habian ponderado los ríojanos el merito de 28 medios-puntos de lienzo, que descifran otros tantos sucesos de la vida del fundador, y se hallan en una soberbia galería, que dá paso á la biblioteca y á la cámara ó habitacion del abad; empero, por lo que á nos-

otros hace, solamente descubrimos en aquellos cuadros lo que es capaz de ejecutar una mano inexperta, dirigida por un espíritu emprendedor y osado. Echase, no obstante, de ver en el carácter y entonacion de algunas figuras ciertos partidos de correccion, que engañan con facilidad á los que miran ligeramente las cosas, calificándolas de buenas ó malas sin conocerlas ni estudiarlas.

Ocupados de tantos otros objetos como se habian ofrecido á nuestra consideracion salimos de aquella galería, de aquellas celdas solitarias, de aquella malograda biblioteca, cuyos volúmenes hacinados, polvorosos y rotos hubieron infundido el saber al inmortal Aguirre, ornamento de su orden, al célebre Salazar, Obispo de Barcelona, y á numerosos otros monjes que entre los atenienses hubieran merecido las primeras coronas del Areópago. El ruido de nuestros pasos, restallando sobre las baldosas del pavimento, marmureaba en los últimos confines de la nave, y volvía su eco á nuestro oído, como mensajero que anunciaba la soledad y el mas completo vacío. En tan filosóficos momentos, deseábamos poseer el harpa del *cisne religioso*, para transmitir á sus cuerdas los graves pensamientos que conmovian nuestro afectado corazón. Por lo mismo que en el Monasterio de San Millán han cesado tal vez para siempre los cánticos de la reconciliacion y la alianza, estinguéndose al par el movimiento ordinario de los ejercicios domésticos, nuestra última mirada hácia aquella triste mansion fué el adios del sepulcro, el vehículo seductor del entusiasmo y la poesía. ¡Dichoso el que se entrega á sus ensueños, y aprende á utilizar su emocion, cuando contempla abandonado aquel recinto, en donde otros tiempos participara de los regocijos misteriosos, que imprimian en el espíritu el valor, la docilidad y la esperanza!

RAFAEL MONJE.

Burgos,—1846.

COSTUMBRES INGLESAS.

UN PUJILATO.

Muy pocas veces empleo el día en aquello que proyecté la víspera. Por una parte el capítulo de las contingencias, tan fértil como es, suele casi siempre contradecir mis disposiciones; por otra la versatilidad de mis propios deseos hace que abandone un plan formado y determinado de antemano, para emprender otro cualquiera promovido por alguna imprevista é inopinada circunstancia: en fin, si por casualidad llego á emplear el tiempo en la forma que habia resuelto, pocas son las veces en que no salgan equivocados los resultados de mis combinaciones. Voy á la ópera creyendo divertirme, y lo que hago es bostezar; creo hallar algun interés en una sesión de congreso, y me duermo en ella; voy á una tertulia porque imagino que he de encontrar algo que me agrada, y me llevo chas-

co; intento hacer una visita á una casada joven, y tropiezo con un viejo que es su marido.

Pero es preciso tambien confesar que si la casualidad trastorna algunas veces nuestros proyectos, en otras ocasiones logramos por ella mucho mas de lo que por nosotros hubiéramos conseguido. Y el hombre que de buena fe quiera dar una ojeada atrás sobre los eventos de su vida pasada, no dejará de convenirse de que es acreedor á la casualidad de la mayor parte de los aciertos, que el amor propio quisiera atribuir á la sabiduría de sus planes.

A esta deidad, pues, es á quien debo el haber visto un espectáculo que solo puede interesar á aquellos que prefieren los hechos sangrientos y patibularios, á las tiernas sensaciones del amor y la amistad. Pero en este mun-

do se halla el hombre en la precision de parar la vista en unos objetos, de los cuales la apartaría con horror, como el anatomista que estudia en los cadáveres los medios de ativar la humanidad doliente.

A mediados del año de 1835 de la guerra civil de España, la legion Inglesa se hallaba sobre la línea de S. Sebastian. En una hermosa mañana, de las que en aquel delicioso país abundan, salí yo de mi habitacion con la filantrópica idea de visitar á una hermosa y desgraciada jóven, á quien una larga y penosa enfermedad la habia privado del ser mas apreciable que tenia.... Emilia hacia dos dias que era huérfana. Marchaba yo meditando las palabras de consuelo y resignacion que habia de prestar á la desgraciada, cuyo padre habia dejado de existir, cuando ví á lo lejos un grande grupo de soldados ingleses y un número considerable de personas que atravesando precipitadamente, se dirigían corriendo al mismo lugar. Me acordé que era yo, así como ellos, uno de los descendientes de nuestra madre Eva; olvidé la visita y el consuelo proyectado, y apoderándose de mí la curiosidad, me llevó tras sí hácia el mismo sitio.

Este carrillo se componia de soldados de la legion y de algunos, aunque pocos, artesanos del país. Todos formaban un vasto círculo, y en su centro un hombre de una estatura atlética acababa de quitarse el corbata y a casaca; la camisa sufrió igual suerte, y yo estaba aguardando por momentos si desaparecería la parte inferior de su vestido; pero aquí pasó el acto de la espoliacion. A poco rato otro campeón que se habia desnudado fuera del círculo penetró en igual traje dentro de aquel recinto. Cada uno de ellos iba acompañado de dos hombres que se colocaron al frente en cada uno de los extremos del círculo. El que llegó el último era menos alto que el primero; pero los fuertes músculos y nervios que se traslucian en sus brazos, daban á conocer que si la naturaleza le habia negado la estatura, esta se hallaba suficientemente compensada por el extraordinario vigor con que le habia dotado.

Pude conseguir colocarme en la primera fila de los aficionados, al lado de un soldado inglés, hombre de edad que parecia muy atento á lo que pasaba; le toqué con la mano en el brazo, y le pedí la esplicacion de este espectáculo; tuvo la dicha de que el hombre hablase aunque mal el castellano, y haciéndome sitio á su lado me dijo:

—Vereis reñir á *box* (en español puñadas); pero temo que la diversion no sea completa, porque los campeones no son de los que tienen mas fama: son dos tambores que tuvieron ayer una contienda, y se han dado hoy aquí cita para desafiarse.... Pero, atencion, que van á empezar.

—Apuesto diez guineas contra siete á favor de Tom, gritó un jóven cabó que se hallaba á pocos pasos de nosotros.

—Van las siete á favor de Dich, dijo el inglés que estaba á mi lado.

En el mismo instante los dos antagonistas arremetieron uno contra otro con los puños cerrados, y estuvieron cosa de cinco minutos asestándose varios golpes que uno y otro desviaron con mucha destreza.

—Son hijos de la naturaleza, me dijo el inglés que se hallaba á mi lado, no hay ciencia, ni arte en su modo de reñir.

—¿Pues qué, acaso se ha reducido á principios el arte de reñir á puñadas?

—Sin duda. Hay profesores para esta ciencia, como los hay para la esgrima, y es muy fácil conocer que estos hombres, ó no la han estudiado, ó han tenido maestros de muy poca habilidad.

En aquel momento Dich alargó á Tom un puñetazo tan recio por debajo de la última costilla, que este quedó derribado.

Mientras que los padrinos de Tom ayudaban á levantarle, yo dije á mi vecino, «ya tenéis ganada la apuesta,» creyendo terminada la pelea con la caída de uno de los combatientes.

—¡Ganada! exclamó él, ¡oh! aun no estamos en eso. Tom no soltara tan presto la victoria; el combate no tendrá fin hasta tanto que uno de los dos campeones se dé por vencido.

—¿Y cómo es que Dich no ha aprovechado la ocasion de ver caído á su contrario, para obligarle á rendirse?

—Porque este modo de pelear tiene sus leyes como otro cualquiera, y no es lícito dar el mas pequeño golpe al enemigo mientras esté en el suelo.

Pero ya Tom estaba de pie, y renovaba sus ataques. Una puñada que cayó á plomo sobre la quijada de Dich, no solo le derribó á su turno, sino que le hizo arrojar sangre por la boca, y juntamente algunos dientes.

Después de una corta interrupcion, la pelea volvió á trabarse: Dich fingiendo amenazar de nuevo las costillas de su contrario, le asió con mucha destreza un golpe tan fuerte sobre el ojo derecho, que este se hinchó al momento en términos de no poderse abrir.

—No vá mal! No vá mal! exclamó mi vecino.

Pero casi al mismo tiempo Tom descargó tan sendo puñetazo sobre la nariz de Dich, que este cayó bañado en la sangre que á borbotones salía de ella.

Sus padrinos acudieron á restañarla con unas esponjas, y no tardaron mucho en ponerlo en pie.

Entonces reparé que los esfuerzos de Dich se dirigian á poner el ojo izquierdo de su contrario, en el mismo estado en que se hallaba ya el derecho. Parecia insensible á los golpes que recibia: no hacia caso de la sangre que le salía por la boca y las narices, hasta que consiguió por fin cerrárselo como deseaba, cabalmente en el instante mismo en que Tom alcanzándole con el puño en la misma boca del estómago, le dejaba tendido por tercera vez en el suelo.

Esta vez creí fijamente concluido el atroz combate. No pudiendo Tom abrir los ojos, no le juzgaba capaz de defenderse y mucho menos de embestir á su contrario; y Dich postrado en la arena, no me parecia estar en estado de volver á emprender la pelea: pero aun me equivocaba.

Los padrinos de este último se le acercaron, le espongieron de nuevo, le hicieron tragar el zumo de un limon, con el cual le rociaron también la nariz, procuran-

do al mismo tiempo persuadirle de que á poco que se animase, no podía dejar de ser suya la victoria, supuesto que habia logrado cerrar los dos ojos de su contrario; consiguieron por fin ponerlo en pié é infundirle nuevo ardor.

Mientras esto pasaba con Dich, no estaban ociosos los padrinos de Tom. Una lancetada debajo de cada ojo hizo correr la sangre que los obstruía, disminuyendo la hinchazon y dándole la facultad de entreabrirlos.

Envistiéronse de nuevo con barbara y renaciente furia; algunas puñadas dadas y recibidas por una y otra parte, hicieron correr la sangre en tal abundancia, que ambos campeones estaban bañados en ella.

Y habia allí hombres que ansiosos se complacian en tan horrendo espectáculo, fijando en él unos ojos que solo se abrían para mirar escenas de ferocidad y barbarie.

¡Válgame Dios! decia yo en mi interior. ¿Es posible que estos que estoy viendo sean europeos? O bien, y es mas probable, ¿serán pertenecientes á una de aquellas hordas de salvajes, que acostumbran bailar alrededor del poste en donde está atado el infeliz cautivo, cuyos miembros palpitantes y medio consumidos por el fuego que les cerca, sirven de pasto á su infame voracidad?

Pero mientras yo me ocupaba en estas reflexiones, Tom derribado por una nueva y última puñada recibida en el pecho, arrojaba por la boca arroyos de sangre; habiendo sido inútiles cuantos esfuerzos se hicieron por espacio de algunos minutos para ponerlo en pié. El infeliz

mas pertenecia á la eternidad que al mundo perocedero el campo de batalla quedó á favor de su contrario, que sus amigos llevaron victorioso y triunfante, aunque con algunos dientes de menos y un ojo y la nariz descalabrados.

¡Y visto esto, hay quien acuse de barbarie á los romanos porque se complacian en ver combates de gladiadores! Pero esta nacion belicosa no los consideraba sino como imágen de la guerra, y todo ciudadano era soldado. El amor de la patria estimulaba á los mismos combatientes.

Cuando uno de ellos, despues de haberse valerosamente defendido, estaba para recibir el golpe mortal, los espectadores, bajando el dedo pulgar, ó agitando un velo blanco y con fuertes alaridos, manifestaban el deseo de que le perdonasen la vida. Pero ¿qué interés puede excitar una vil y asquerosa riña á puñetazos, durante la cual no parecen ocupados los concurrentes en otra cosa sino en los medios de ir sosteniendo el ardor de dos infelices, hasta que uno de ellos queda tendido sin movimiento en la palestra? ¡Hé aquí con todo, una de las diversiones favoritas del pueblo pensador!

No pudieron mis ojos sufrir por mas tiempo tanta inhumanidad y tanta barbarie; abandoné el paraje donde Tom quedaba en medio de sus compañeros, dando tal vez el último suspiro, y me dirigí adonde fué mi primera intencion pasar la mayor parte del día...

AURELIANO MADRAZO.

EL TROVADOR Y LA INFANTA.

NOVELA.

CAPITULO II.

La Infanta pasó el resto de la noche pensando en el importuno encuentro que le habia impedido bajar al huerto, y hecho, con su forzada ausencia, concebir á Manrique dudas acerca de su amor. Levantóse con ánimo resuelto de sacarlo de la aflictiva situacion en que lo suponía y de satisfacer sus propios deseos, llamándolo y explicándole sencillamente lo ocurrido. Pero de pronto y sin razon alguna (el amor es muy caprichoso), cambió de resolucion y se decidió á esperar á Manrique. ¿Se resolvió á esto acaso por verlo, cuando volviese, como esperaba enojado, y gozar del misterioso placer de una reconciliacion?

Manrique por su parte aguardó, aunque en vano, un llamamiento de la Infanta para sincerarse, si podia hacerlo, de la falta cometida. Al fin, cansado de esperar, y no pudiendo permanecer mas tiempo en situacion tan angustiosa, dirigióse celoso y despechado á ver á su amiga para que aclarase las sombras de sus crueles dudas.

—Maria, le dijo afectando tranquilidad de espíritu, ¿dónde estuvisteis anoche?

—¿Yo? oyendo tocar un laud.

—¿Y Catalina, qué hizo?

—La Infanta no sé que haría; creo que estuvo ocupada.

Manrique acostumbrado desde la edad mas tierna al cariño y amistad de Mari-Barba, no habia advertido su cambio de carácter de amiga en amante, y por consiguiente no comprendió la malicia de sus palabras; así es que le preguntó de nuevo sencillamente.

—Su ocupacion fué muy grave, ¿no es verdad?

—Sí, debió ser de mucho interés... y gusto cuando no bajó al huerto... ¿cuánto hubieras tú dado por oirla!

—¿Con quién habló? le preguntó interrumpiéndole.

—¿Con quien podía ser para hacerte esperar dos horas?

—¡Dí!

—No te enfades en diciéndotelo. ¿Quién te ha dicho á tí que otra causa no ha podido motivar su larga conferencia?

—¡Infiel! exclamó Manrique con profunda desolacion.

¡Con él dos horas!

—¿Quién te ha dicho que por eso es infiel? Tal vez ha

sido para apagarle el último rayo de esperanza.... Verdad es que es un Infante... un igual suyo, que puede amar-lo sin rubor.

—¡Ay! exclamó con amargura el poeta, dices bien: el amar-me á mí es afrentoso!...

—Y honroso para algunas, Manrique.

Pero este dejó á Mari-Barba sin escucharla y sin mirarla siquiera.

—¡Se va, dijo aquella, como si yo no estuviera aquí!... No importa; seremos infelices los tres.

Cuando el poeta se vió solo, contempló su situación, y con amargo placer el abismo en que le había derribado un desengaño, en su concepto, ó mas bien su loco atrevimiento. Orgulloso con su frente, se había creído tan grande como sus pensamientos, y sus pensamientos llegaban hasta el cielo. Sí, en sus arrebatos de inspiración, cuando su fantasía rompiendo las densas nieblas del mundo y dejando atrás las nubes del espacio, se fijaba en lo infinito de las concepciones y de allí arrancaba, cual si fuera un Dios, otros seres, otros mundos, miraba con desden á los Reyes, pues si los Reyes mandan, él creaba. Así, engañado por sus sueños, se atrevió á mirar á la Infanta; pero entonces, viendo claramente que su imaginación, que sus creaciones, que su ambición, que todo él era un sueño, una nada para el poder y la riqueza, maldecía su origen oscuro, y envidiaba al Infante como Infante.

Pero si tenía la razón bastante clara para ver su osada imprudencia, no bastante fuerza para arrancar de su pecho el amor que la Infanta le había inspirado. Así es que bien pronto recayeron sus pensamientos en la expresión del tipo de hermosura que su fantasía creara en el ángel hechicero que le había inspirado sus mejores versos, en la mujer que lo había sacado con su amor del polvo del olvido, y púestale en la senda de la gloria. Estraviada su mente con estas cavilaciones, se olvidó de la causa que las producía, para pensar solo en Catalina amante. Entonces se dirigió á su cámara.

Al entrar en ella, la vista de la Infanta lo sacó de su arrobamiento y le recordó su injuria. Su semblante mudó de expresión repentinamente. Catalina conservó el suyo enojado porque había tardado Manrique en llegar á reconciliarse mas de lo que ella esperaba, y Mari-Barba, que ya acompañaba á su señora, previó el término de aquella entrevista con profundo dolor. Los dos amantes guardaron silencio; Manrique esperando que Catalina le diese de palabra un último desengaño, si su corazón estaba ya tibio, ó una satisfacción, con los ojos siquiera, en desagravio de su ofensa, si aun conservaba un resto de amor. Catalina, quejosa á su vez de la ligereza con que había Manrique desconfiado de su fe, esperando que este se rindiera á desenojarla. ¡Orgullo de muger! De este modo los dos se consumían y atormentaban, animados de unos mismos deseos. Al cabo rompió Manrique el silencio, mas de un modo no esperado ni por la Infanta, ni por su confidenta.

—Hoy estás muy hermosa, Mari-Barba, dijo.

—¿De veras? trovador, replicó ella rebentando de alegría.

—Aunque siempre me lo has parecido, nunca tanto como ahora. ¡Si vieras que encantadora estás con esa boca entreabierta como un capullo, con esas mejillas un poco marchitas como mi esperanza, con esos ojos anegados en lágrimas como mi corazón!...

—Tú tambien, añadió Mari-Barba, estás hoy mas galán que de ordinario: sin duda esto es debido á tu expresión melancólica. ¿Estás triste?

—Sí, respondió fijando en ella los ojos con ternura, cuya mirada no pasó desapercibida á la Infanta. Sí, porque hoy es aniversario del día mas notable de mi tierna juventud.

—Tambien debe serlo para mí, Manrique, pues tu historia en esa edad, es tambien la historia mía. —Y al decir esto resbaló una lágrima por sus mejillas.

—Sí, es verdad. Hoy hace ocho años, tenía yo quince, salimos de nuestra pacífica aldea una porción de jóvenes, á pasar un día de campo. A la caída de la tarde nos separamos los dos de los demás compañeros, que corrían en parejas por el monte, y trepamos, enlazadas nuestras manos, la falda de un cerro. Al llegar á su cuspide... ¿te acuerdas, Mari-Barba?

—¡Ojalá! contestó ella cojugándose el llanto, ¡ojalá no hubiera lucido para mí ese día!

—¡Tú tambien!... Allí nos acostamos para tomar aliento bajo el verde dosel de los árboles, sobre un tapiz amarillo de florecillas silvestres. Agobiado por el cansancio, recliné mi cabeza en tus faldas, y cubrie-



ron mi rostro tus manos. Quedé durmiendo un sueño misterioso. Al despertar y verme en los brazos de una mujer casi tocando á las nubes, al contemplar de repente la campiña con sus mieses, las llanuras con sus caseríos, las montañas con sus árboles y sus sombras al cielo con su sol próximo á ocultarse, me sentí engrandecido, tuve un vivo deseo de hablar, y hablé inspirado. Allí dije mis primeros versos. ¡Hora maldita en que entrevi al otro lado de los horizontes que me rodeaban una senda de imán y laureles! ¡Hora maldita en que concebí la idea de poner el pié en ella, porque dejando mi tranquila aldea, necesitaba para recorrer algun espacio entrar en una sociedad que al fin me ha tribu-

tado aplausos á costa de lágrimas, que me ha ensalzado hasta las nubes para dejarme sin saberlo, espuesto á sus tormentas, que por una ilusión dá con cien desengaños cien siglos de amargura....

No pudiendo Catalina resistir por mas tiempo la sentida reconvenccion que espresaba el acento y las miradas del trovador, exclamó espontáneamente,

—¡Manrique!

—¡Catalina! dijo el poeta del mismo modo. Y los dos se miraron entonces con una espresion indefinible; eloquente para los amantes, misteriosa para el corazon.

Mari-Barba vió en esa mirada desvanecidas sus esperanzas.

—¡Manrique!

—¡Catalina! repitieron despues de un breve silencio.

—¿Por qué has sido tan cruel? Debieras haber considerado que yo te oía.

—¡Cruel, me dices, porque he sido justo conmigo mismo!...

—Me han hecho mucho mal tus palabras....

—He dicho la verdad. Escucha. Necio de mí, al verte y mirarme tú por la primera vez, me dije: «puedo amarla, pues si ella ocupa un puesto distinguido en la sociedad, yo lo ocupo en la gerarquía del saber; no debe abochornarse con mi amor, pues si ella tiene poder, yo tengo ciencia.» Y te hablé ¡insensato! y me escuchaste por capricho tal vez, por juego, para dejarme despues, y con razon, abandonado á mi locura. Con razon, sí, porque si el mundo supiera que yo habia puesto en tí mis ojos, sería para él un objeto de irrisión ó de escarnio.

—¡Ingrato! ¿no estás contento? ¿qué deseas de mí?

—Nada; estoy satisfecho.... con tu proteccion. De tu amor solo es digno un hombre igual á ti en nombre, en poderío, en grandeza, como un Infante, como un D. Enrique.

—Basta, replicó la Infanta con gravedad, jamás os permitiré un insulto. Te he dicho que te amaba, y mis labios aun no han mentido. Te he prometido despreciar á D. Enrique, y D. Enrique recibe desprecios por palabra; te he jurado no mirar á ningún hombre, y mis ju-

ramentos son sagrados. Tú si que eres otro, envanecido por las alabanzas....

—¡Otro yo! exclamó el trovador interrumpiendo á su amada. ¿Puedes tú comprender nunca lo que es mi amor, lo que yo sería sin el tuyo? Señalaría mi paso en el mundo con un rastro de lágrimas, y llenaría de gemidos las montañas.

Un ruido intermitente cortó la arrebatada conversacion de Manrique. Y era que Mari-Barba dió rienda suelta á los sollozos que las palabras de los amantes habian aglomerado en su garganta, y púestola á punto de reñentar. Salíó en seguida precipitadamente de la estancia y Catalina indiferente á lo ocurrido añadió:

—¡Si supieras qué noche he pasado, amor mio! Rompiste el laud creyéndome esquiya cuando mas deseaba verte y hablarte. ¡Tenia tantas cosas que decirte! ¿Por qué te miraban todas las damas en el torneo? ¿por qué eres hermoso para ellas? No saldrás, no, otra vez al circo. Cuando vencías y te victoreaban tantos, y oías á todos pronunciar tu nombre con entusiasmo, pensarías, ¿no es verdad? di, en el triunfo que obtenías, y para eso tenías que olvidarme. ¿Para qué quieres tú la fama y los laureles? Sin duda no te basta para ser feliz mi corazon... ¿Y la corona dónde está?

Manrique calló y volvió un poco la cabeza.

—¿Por qué no me miras? añadió la Infanta. ¿Qué tienes, cantor mio?

—Nada, contestó Manrique con su tono infantil.

—Vamos, dijo Doña Catalina en el mismo tono, no te enojas....

—¿Por qué no me mirabas ayer en el torneo?

—¿Por qué te miraban todos?... Vaya, vuélvete.

Y al decir esto le echó un brazo por encima del hombro para obligarle á volver la cabeza. Inclínola el dichoso poeta hasta tocar con su frente el cuello de su amada, cuyos hermosos bucles velaron enteramente su rostro; y en aquella actitud bendijo la hora en que pronunció los primeros versos y en que puso el pié en la senda que á tales delicias conduce. Un poco despues se separaron despidiéndose en silencio.

REVISTA DE LA SEMANA.

Una de las cosas mas notables que deben ocupar nuestra atencion en esta revista es la *Coleccion de Poesías* que acaba de dar á luz en esta corte D. JULIAN ROMEA.

Componen este libro varias poesias ligeras, escritas con la mayor naturalidad, y algunas traducciones del italiano elaboradas con mucho esmero y conservando, en cuanto es posible, la verdad de sus originales.

Las primeras nos han gustado principalmente por esa sencillez con que estan escritas, corriendo sus versos de una manera espontánea y agradable al oído, asi como corren por enmedio de los amenos y frondosos valles las cristalinas aguas del arroyuelo. Encontramos en estas poesias una inspiracion verdadera, hija de la imaginacion poética del autor. Sus rasgos no son nuevos ni arrebatan por la fuerza del colorido; pero en cambio tiene el mérito de la naturalidad y son una espresion genuina de las alternativas de un corazon que sabe sentir.

En cuanto á las traducciones, el señor Romea no merece tan cumplidos elogios; ha sabido presentar, no hay duda, excelentes trozos del género heroico, en una versificación pura y correcta. Lo que le falta al Señor Romea, traduciendo composiciones heroicas, es lo mismo que no tiene cuando escribe originalmente en este género de poesia, á saber: fuego y animacion. La lira de este poeta produce con mas facilidad las emociones suaves y melancólicas, que los arrebatos sublimes, hijos del entusiasmo.

El libro del señor Romea es ademas magnifico en cuanto á la parte material: edicion lujosa, hermosos caracteres, papel finísimo, y un retrato del autor litografiado con el mayor esmero añaden á esta coleccion nuevo mérito sobre el que le dan sus poesias.

Para esta semana se habia anunciado el beneficio del señor Montant; pero no pudo verificarse por una pequeña indisposicion suya. De todos modos, debemos decir en

su elogio, que ha tenido la generosidad de ceder los productos de este beneficio á los establecimientos de beneficencia de Madrid. Este rasgo honra sobremanera al eminente tenor del teatro de la Cruz.

En el del Circo se cantó el domingo á beneficio del señor Tamberlik, la ópera nueva titulada *Irza*, compues-

ta por el maestro español D. Francisco Gomez Labarran. Solo podemos decir que fué recibida con indiferencia, siendo por cierto desgracia que poco mas ó menos ha cabido á todas las óperas nacionales que se han estrenado en la presente temporada.

Para la próxima se esperan en este teatro los principa-

MODAS (1).



[Trajes de sociedad.]

les cantantes que trabajan en el teatro italiano de París, y que segun parece se hallan ya ajustados por la empresa del Circo.

Entre las compañías de ópera y declamacion que se han organizado últimamente en esta corte con destino á las provincias, merece especial mencion la compañía lírica que ha organizado para sus teatros D. Pedro Enri, empresario de los de Sevilla y Valencia, en la que figurarán como prima donna absoluta Doña Cristina Villó, y como comprimaria Doña Agustina Chelva.

En una de nuestras revistas anteriores tuvimos el disgusto de anunciar á nuestros suscritores la muerte del ilustre tenor UNANUE que tan gloriosamente habia comenzado su carrera. El teatro español, que vá dando de dia en dia muestras de progreso y restauracion, tiene ya en Italia otro tenor español que no dejará de llenar dig-

namente con el tiempo, el vacío que ha dejado en aquella escena el famoso actor de Trieste.

Queremos hablar del señor Rodas, tenor español, cuya primera salida en el teatro de la Scala de Milan se verificó el 27 del pasado, produciendo por su hermosa voz y buen canto tales efectos, que el público le llamó varias veces á la escena para colmarle de aplausos.

Tales son las novedades del teatro.

Como el tiempo sigue hermoso y despejado, los paseos estan muy concurridos, especialmente el de frente al jardin Botánico, que es el mas en boga para la alta clase de la sociedad madrileña.

Los alumnos de la cátedra de escribanos tuvieron el lunes una contienda, cuya causa principal consistía en algunos maravedises de mas que se les señalaba por razon de matrícula. Pero en su abono debemos añadir que no ha corrido sangre y que no se quejaban sin razon, segun ellos mismos lo han manifestado al público *en testimonio de verdad*.

(1) En el número próximo daremos la explicacion que no ha cabido en este ajuste.